

Nos hemos acostumbrado a ver a la Revolución Mexicana como un fenómeno de masas rurales, a campesinos e indígenas armados luchando para salir de una brutal dictadura y buscar un futuro mejor. Pero resulta que, aunque México en 1910 era básicamente habitado por gente del campo y las ciudades eran pequeñas, la industrialización apenas arrancaba, el proletariado jugó un papel importante. Esta es sin duda una historia apenas visitada por los estudiosos y los lectores. ¿Qué hacían los obreros mientras que los campesinos salían a enfrentar al ejército de Díaz? Lo mismo. Realizaron huelgas, buscaron la forma de organizarse. Entre ellos ya circulaban las ideas del sindicalismo, del anarquismo, del socialismo en sus diferentes propuestas y hasta muchas ideas de Marx. La mejor prueba de ello fue la forma en que gradualmente se organizaron para dar la lucha, una lucha que iba más lejos que las reiteradas solicitudes de tierra y libertad. Los trabajadores de las fábricas carecían, como suele suceder, de un sentido de propiedad, y entonces centraban sus demandas en cuestiones teóricas más complejas y en proyectos de gobierno o de no gobierno que difícilmente eran comprendidas en aquel México. Finalmente bajo el influjo de personajes legendarios como los Flores Magón, Rafael Quintero, Rosendo Salazar y muchos otros, crearon la Casa del Obrero Mundial e incluso formaron batallones rojos para defender sus ideas y apoyar a sus hermanos campesinos. Todo ello al amparo de *La Marsellesa* y *La Internacional*. Fue una etapa heroica, donde los proletarios comenzaron a aparecer en México, políticamente hablando.

En este número, publicamos un fragmento del libro *La Casa del Obrero Mundial* de Alberto Morales Jiménez, que nos da una idea del papel que los trabajadores urbanos jugaron durante la Revolución. Hoy tan abandonados y explotados como los campesinos. Otros fueron los grandes beneficiarios de la Revolución que ahora, en 2010, sobre todo el Estado, festeja.

El Búho

Los antecedentes remotos*

El conquistador español vio trabajar al artesano azteca, quien era un verdadero maestro en cuestión de artesanías. Sus creaciones, llevadas a España, cautivaron al rey y despertaron la codicia del peninsular. Agrupados en especialidades, tal como Cortés vio a los indios en el tianguis de Tlatelolco, y para mejor explotar el fruto de sus esfuerzos, se trajo de España la Ordenanza de Gremios. Y ya para fines del siglo xvi había Ordenanzas de Herreros, de Bordadoras, de Carpinteros y Albañiles, de Artes de la Seda, de Tejedores de Telas de Oro y otras más. En 1600 ya estaban reglamentados la industria familiar y el trabajo de los obreros, que día a día consumían su vida encerrados en el taller desde que salía el sol hasta que se ocultaba.

Gabriel Saldivar nos informa que “en varias ocasiones grupos organizados de trabajadores se rebelaron contra los patrones a causa de los bajos salarios y de los malos tra-

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

ALBERTO MORALES JIMÉNEZ

tos allá en los lejanos tiempos de la Colonia... un conjunto de individuos se enfrenta al Cabildo de la Catedral Metropolitana de México en el año de 1582 porque se les pretende disminuir su sueldo, de por sí miserable”.

Aquel Virrey, Gobernador y Capitán de la Nueva España, Carlos Francisco Croix, el mismo que dijo “que los súbditos estaban para obedecer y callar y no para discutir las leyes”, ahoga en sangre –1766– la airada protesta de los mineros de Pachuca y Real del Monte porque sus salarios habían sido rebajados.

Hidalgo jefaturó la última gran insurrección indígena de la época colonial. El ejército insurgente, según los cálculos más conservadores, contaba en sus filas con más de setenta mil hombres, con su mayoría indios, a los pocos días del Grito de Dolores. Entre ellos figuraban miles de obreros, mineros, herreros, carpinteros, etc. En diciembre de 1810, el Padre de la Patria, en Guadalajara, decretó la abolición de la esclavitud y el rescate de las tierras tramposamente sustraídas a las comunidades indígenas.

Las rebeliones de indígenas a lo largo del siglo xix corren parejas con los movimientos artesanales. Enjuiciando este período de tiempo, el licenciado Wistano Lois Orozco, en su importante obra *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos* (México, 1895), afirma lo siguiente: “Para afrenta de la civilización, en México casi no han cambiado un ápice las condiciones de la propiedad agraria y las relaciones de operarios en nuestro país. En ninguna parte como en las grandes posesiones se conservan las ominosas tradiciones de abyecta servidumbre de abajo y la insolente tiranía de arriba. El peón de las haciendas es todavía hoy el continuador predestinado de la esclavitud del indio”.

Los cuarenta años que están comprendidos entre 1870 y 1910 manifiestan que en sus primeros veinte se registró un esplendoroso progreso material propiciado por la afluencia de capitales extranjeros en el país. En su afán de repartirse América Latina y de ejercer dominio político en las repúblicas de esta parte del continente, el Tío Sam y John Bull trajeron a México muchos dólares y muchas libras esterlinas. En paralelo a esta deslumbrante realidad, que sería pasajera con el nacimiento del siglo xx, los servidores de los amos de dentro y de fuera robustecieron su conciencia en la creencia de que este mundo se había dividido ya en dos irreductibles grupos sociales: burgueses y proletarios, hacendados y peones, comerciantes y compradores, ricos y pobres, sabios e ignorantes, sanos y enfermos, valientes y cobardes, *mochos* y librepensadores. Se podría seguir la división creada en el país por estas circunstancias económicas nacidas en los países industrializados de Europa y América. De Europa, Inglaterra, Alemania y Francia, principalmente; de América, únicamente Estados Unidos.

Junto a los hombres representativos de los grandes consorcios europeos y norteamericanos germinaron los ciudadanos interpretadores de los anhelos de la gente de abajo. Si allá arriba la gente se agrupaba en poderosos bancos, acá, en el suelo, menester era unir en soñadoras uniones mutualistas a los siervos del hacendado y a los esclavos del obraje. Descubierta por los anarquistas el principio de que el poder económico crea poder político y dominio sobre las conciencias, ellos se esparcieron por el mundo para proclamar que la culpa de los sufrimientos humanos residía en el gobierno aburguesado, en la propiedad corruptora y en el dogma que mata la verdad científica. Los mensajeros llegaron a nuestra patria y cual abejas en panal primaveral se pusieron a laborar desde el amanecer hasta el profundo anochecer.

En lo referente a las ideas que llegaron de fuera a nuestro país, debe considerarse muy seriamente al anarquismo, como factor del desarrollo ideológico de fines del siglo pasado. En efecto, en la segunda mitad del siglo xix se produjeron en Europa acontecimientos de tal trascendencia como el de la Comuna de París y la vasta difusión del Manifiesto Comunista de Carlos Marx, los cuales, para el caso que nos ocupa, influyeron decisivamente en Italia y España. Proudhon, Bakunin y Kropotkin removieron hasta sus cimientos el cerebro enardecido de todos aquellos ciudadanos que románticamente anhelaban la liberación de la clase trabajadora y del hombre en general.

No teniendo fronteras las ideas y siendo el siglo xix un siglo de pleno conocimiento de todos los confines de la tierra, fueron numerosos los embajadores espontáneos del anarquismo europeo en estas tierras vírgenes de América, especialmente Argentina y México. Vocero de esta corriente filosófica y política fue el griego Plotino Rhodakanaty, viajero cargado de idealismos que llega a México en 1861, procedente de España. Quizá le animara, en el fondo de su conciencia, el propósito de alertar a los mexicanos sobre el inminente peligro de una invasión europea en territorio nacional, que al fin materializó Napoleón Tercero en 1862; y dos años más tarde perfeccionó al traer a Maximiliano de Habsburgo.

Rhodakanaty, hombre activo como todos los agitadores afiliados a este género de ideas, organiza un Grupo de Estudiantes Socialistas, y al decir de Andrés Martínez Kahn publica el panfleto titulado *Cartilla Socialista y "encabeza a un grupo de idealistas mexicanos que tuvieron gran influencia en la creación del movimiento agrario y obrero en el siglo xix en nuestro país"*. Hart habla de este grupo con gran entusiasmo, formado, en su mayoría, por estudiantes y artesanos, cuyos nombres no nos son de todos conocidos, por la naturaleza secreta de sus arriesgados trabajos subversivos. Se sabe que en este agrupamiento de hombres luchadores figuraron Francisco Zalacosta, duranguense; Santiago Villanueva de la ciudad de México, y Hermenegildo Villavicencio, del Estado de México, quienes en octubre de 1864 fundaron la primera asociación mutualista en México: la Sociedad Particular de Socorros Mutuos. En noviembre renació también la Sociedad Mutua del Ramo de Sastrería. En marzo de 1865 los obreros textiles de San Ildefonso, en Tlalnepantla, y los de La Colmena, en México, fundaron la Sociedad Mutualista del Ramo de Hilados y Tejidos del Valle de México. El 10 de junio de ese mismo año fueron a la huelga –la primera en México– como protesta al aumento de la jornada de trabajo –5 a 18:45 horas–, reducción de salarios y precios elevados en la tienda de raya. El 19 de junio de 1865, la Gendarmería Imperial de Maximiliano se enfrentó a los obreros, varios de los cuales resultaron heridos, y envió a Tepeji, en calidad de confinados, a 25 de ellos. Así fue como se reprimió la primera huelga registrada en la ciudad de México.

Santiago Villanueva dirigió la primera huelga victoriosa en el Distrito Federal. Martínez Kahn relata que el 8 de julio de 1868, un grupo de trabajadores de la fábrica textil "La Fama Montañesa", situada en Tlalpan, lograron mejores condiciones

de trabajo y reducción de las horas de jornada para las operarias.

Rhodakanaty y sus simpatizadores cambiaron el centro de sus actividades a Chalco, Estado de México. Allí se incorporó al grupo anarquista un joven estudiante llamado Julio Chávez López, calificado de “asesino y gavillero” por sus enemigos. Este valiente muchacho se levantó en armas y después de ser aprehendido en Actopan se le condujo a Chalco, donde fue fusilado el 10. de septiembre de 1869. Antes de caer acribillado por las balas gritó: “¡Viva el Socialismo!”

La semilla se esparció. Los círculos obreros proliferaron hasta antes del establecimiento, en firme, de la dictadura porfiriana, cuyos esbirros iniciaron su tarea de acabar con todos los focos de oposición, entre los que figuraban los incipientes organismos anarquistas. En 1886, Rhodakanaty retornó a Europa. Fue con Flores Magón que resucitaron en México las ideas y las acciones anarquistas.

Meses antes de caer en el patíbulo, por abril de ese año, Chávez López había lanzado en Chalco un Manifiesto dirigido a “todos los oprimidos y pobres de México y del Universo”, del que sobresalen conceptos que sintetizan la tesis anarquista mexicana de aquella época. “Ha llegado la hora de conocer a los hombres con el corazón bien puesto; ha llegado el día en que los esclavos se levanten como un solo hombre reclamando sus derechos pisoteados por los poderosos” –comienza afirmando el documento–. Después se lee lo siguiente: “Hermanos: ha llegado el momento de despejar el campo, de pedir cuentas a los que siempre nos las han exigido; es el día de imponer deberes a quienes sólo han querido tener derechos. Los que se han aprovechado de nuestra debilidad física, moral e intelectual se llaman latifundistas, terratenientes o hacendados. Los que pacientemente nos hemos dejado arrebatar lo que nos corresponde nos llamamos trabajadores, proletarios o peones”.

Después de hacer patético relato de las condiciones en que se vivía en las tiendas de raya y de acusar a la Iglesia católica de ser aliada de los explotadores y del ejército, grita a todos su ideal: “Queremos abolir todo lo que sea señal de tiranía entre los mismos hombres, viviendo en sociedades de fraternidad y mutualismo y estableciendo la República Universal de la Armonía”. El párrafo final de este angustiado Manifiesto expresa lo que sigue: “Alcemos nuestra cara buscando con serenidad nuestra salvación, que radica en nosotros mismos. Queremos tierras, queremos trabajo, queremos Libertad. Ne-

cesitamos salvarnos de todos los padecimientos, necesitamos salvar el orden; en fin, lo que necesitamos es el establecimiento de un pacto social entre los hombres a base de respeto mutuo. ¡Viva el Socialismo! ¡Viva la Libertad!”

Los anarquistas extranjeros y sus discípulos mexicanos postularon en sus valientes y diáfanos publicaciones que los inversionistas extranjeros no soltaban sus dineros al azar o para hacer obras de caridad. La explotación de minas, la creación de bancos, la construcción de ferrocarriles, la succión del subsuelo petrolífero, el levantamiento de fábricas, el tendido de cables eléctricos, fueron su imán. Dinero que no se triplicara en poco tiempo no era dinero para ellos. Y el dinero para los seguidores de Bakunin también se convirtió en objeto aborrecible. Los primeros gritos anti-imperialistas salieron de sus resonantes gargantas: ¡hermanos –decían– los extranjeros se llevan nuestras materias primas a cambio de unos cuantos pesos que nos hundan más en la miseria! Esto mismo, dicho por Mario Gil, estudioso de los orígenes anarquistas de la Casa del Obrero Mundial, se lee de la siguiente manera: “La administración porfirista siguió el patrón de una economía de exportación que dependía básicamente de la explotación



Adolfo Mexiac

acelerada de los recursos naturales sustentada en la utilización de una mano de obra barata, así como en la tecnología y capitales extranjeros con objeto de aumentar la producción destinada a los mercados de ultramar”.

¿Qué arcilla formó al anarquista mexicano? ¿Cuáles fueron los ingredientes de su cuerpo y espíritu?

Las precarias condiciones de vida de los peones y de los indios, que magistralmente describió Turner en su *México bárbaro* y Molina Enríquez en su clásico libro: *Los grandes problemas Nacionales*; la negación de los derechos políticos por parte de Porfirio Díaz; la entrega de las riquezas patrias a los imperialismos durante la dictadura; la ignorancia del pueblo fomentada por los malos gobernantes; el militarismo y el fanatismo religioso.

Por ello, es los disturbios y en las huelgas registradas a fines del siglo XIX y principios del presente –200, en concepto de Moisés González Navarro– se descubre un cerebro invisible: el del anarquista. Allí donde había un trabajador anheloso de mejor salario estaba él; allí donde agonizaba un hombre golpeado por el amo, estaba él; allí donde se amotinaban los obreros cesados, estaba él; allí donde el patrón aumentaba la jornada de trabajo, estaba para protestar por el abuso; allí donde surgían protestas contra el trabajo dominical y nocturno, estaba él; allí donde se reunían los obreros a discutir sus problemas y comunicarse sus amarguras y sufrimientos, estaba él.

Un organismo con pretensiones de abarcar todo el territorio nacional nace a la vida el 16 de septiembre de 1872: el Círculo de Obreros de México, que se nutre con todas las sociedades cooperativas, mutualistas y hermandades existentes. Dos años después el Consejo del naciente Círculo aprueba el primer Reglamento de Trabajo con el propósito de normar las relaciones obrero-patronales en las factorías del Valle de México.

Nuevamente, los mineros de Pachuca y Real del Monte se lanzan a la contienda: de agosto de 1874 a enero de 1875 izan la bandera rojinegra, y los extranjeros dueños de las minas, temerosos de que se les “muera la gallina de los huevos de oro”, conceden algunas prestaciones a sus trabajadores.

Ya en pleno régimen porfiriano, los batalladores obreros textiles recurren a la huelga contra los propietarios de la Fábrica de Hilados y Tejidos La Fama Montañesa, de Tlalpan. Logran la clausura de la tienda de raya, la reducción de la jornada de trabajo –de 14 a 12 horas diarias de labor–, servicio médico y medicina en tratándose de enfermedades profesionales y abolición del trabajo nocturno. La situación prevale-

ciente en Tlalpan se repetía en las factorías textiles de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo, Querétaro y Guadalajara.

Consecuente con su política de entrega de las riquezas y actividades nacionales a los extranjeros, Porfirio Díaz entregaría las industrias textil, minera y petrolera a los ingleses, norteamericanos, franceses, holandeses y españoles. Los dólares y las libras esterlinas que trajo Díaz al país vinieron acompañados de infinitos sufrimientos para el pueblo trabajador. Con don Porfirio llegó la paz, como se verá en este relato que paulatinamente nos conducirá a la creación de la Casa del Obrero Mundial.

En su *Historia del Movimiento Obrero Mexicano*, Luis Araiza destaca con estas palabras un acontecimiento de capital importancia para el movimiento obrero: “El domingo 6 de marzo de 1876 tuvo verificativo el PRIMER CONGRESO NACIONAL del Círculo de Obreros de México, al que concurrieron delegados de los diversos Estados de la República, con la representación de más de DIEZ MIL TRABAJADORES agrupados en las Sociedades ahí representadas. Con todo fundamento y en justicia, debe considerarse al CÍRCULO DE OBREROS DE MÉXICO como la PRIMERA CENTRAL DE TRABAJADORES MEXICANOS, por el número de obreros afiliados a ella, por la cantidad de asociaciones que la integraron y por sus características de una Confederación Nacional”. La instrucción para adultos y niños, el establecimiento de talleres para dar trabajo a los artesanos, las garantías políticas y sociales, la democratización del servicio militar, la equitativa imposición de los impuestos, la existencia de procuradores generales del proletariado, la fijación del tipo de salario en todos los Estados, según lo requieran las circunstancias de la localidad y del ramo de que se trate y la creación de exposiciones industriales, así como otras cuestiones fueron objeto de la preocupación de los señores delegados a ese Primer Congreso Nacional.

En el Segundo Congreso del Círculo de Obreros de México surge una polémica que denota que los trabajadores han perdido miedo a la libre expresión de sus ideas. Esto es muy importante para entender los móviles determinantes de la fundación de la Casa del Obrero Mundial. Unos quieren mutualismo como bandera; otros cooperativismo como norma, y los radicales, socialismo como fórmula infalible para solucionar los problemas de la gente obrera. Dando pasos inseguros y coqueteando en favor de la candidatura de don Se-

bastián Lerdo de Tejada a la Presidencia de la República –1876– el Círculo cerró las puertas de su casa para siempre.

Los vendavales proletarios, acordes con el creciente desarrollo industrial de Estados Unidos y Europa, si bien amainaban y en ocasiones decaían hasta la muerte, renacían al menor contacto de nuevos venticillos. Y en esto de atizar fuego a la hoguera participan

insignes intelectuales de oposición, que se juegan la vida en cada artículo que escriben en los periódicos de combate.

Aparece un nuevo ingrediente en las filas obreras la resistencia al adversario. El idioma del mutualismo y el cooperativismo van cayendo paulatinamente en desuso. De la palabra hermano se pasará a la palabra compañero. Y corriendo todos los riesgos se colocan en modestos locales letreros como éstos: “Unión de Mecánicos”...

“Unión de Caldereros”... “Sociedad de Ferrocarrileros Mexicanos”... “Gran Liga de Empleados del Ferrocarril”... “Hermandad de Ferrocarrileros”. Atrás de todo este bullicio actuaban dos luchadores: Teodoro Larrey y Silvino Rodríguez.

Aceptemos que la invasión de capitales extranjeros se objetivó en fábricas, aceptemos que del exterior llegó dinero a raudales, pero también aceptemos que fábricas y dinero ajeno trajeron explotación humana. Esta situación enardeció el espíritu de los proletarios. Nació la conciencia de clase. Dicho en otros términos: se abrió francamente la lucha de clases.

En el régimen tuxtepecano es cuando el artesano se transforma en obrero. “Durante el largo período de la dictadura se precisó la clase proletaria con el establecimiento de fábricas y explotaciones mineras emprendidas con capital extranjero, protegidas por el gobierno. El general Díaz inicia su gobierno con un programa, al parecer en consonancia con la evolución progresiva de la riqueza en otros países; se abren las puertas al capitalismo extranjero, se dan a los norteamericanos las concesiones para construir” casi todos los ferrocarriles del país; a los españoles, las concesiones para el establecimiento de la industria de hilados y tejidos; a los franceses, el permiso para explotar riquezas naturales y fundar instituciones de crédito; a los ingleses, la mayoría de las concesiones mineras y el control del Istmo de Tehuantepec.”

Había surgido un nuevo grupo: la clase proletaria. “En México –nos ilustra al respecto Luis Chávez Orozco–, como en los demás países de la civilización occidental, el nacimiento de esta clase social se manifestó trágicamente. Surgió a la vida en medio del dolor y del hambre, agobiada con la pesadumbre

de todas las desgracias, flagelada por todas las infamias y, lo que es peor, encadenada a su propia debilidad.”

El inesperado desarrollo de variadas industrias en todos lados de la República necesitó brazos. Miles de personas fueron ocupadas en las fábricas y minas. La faena era de sol a sol y el salario exiguo. Patrones y capataces se encargaron de exigir rendimiento despiadado al esfuerzo del obrero y de señalarle salarios bajísimos. De ahí que los trabajadores se organizaran en asociaciones de resistencia y de socorro.

El estado de cosas era angustioso. Leamos cómo vivían los obreros en la fábrica Hércules, de Querétaro:

“La fábrica Hércules la han convertido los señores Rubio en una especie de república, porque ellos, y no el gobierno, son los que allí dictan leyes, las hacen obedecer, castigan a sus infractores, juzgan a los delincuentes y criminales, pues hay que advertir que en el punto donde está situada esta fábrica han mandado los señores Rubio edificar tantas fincas que ya éstas forman hoy un sinnúmero de calles, en cuyas fincas habitan más de la mitad de los operarios de las fábricas porque los dueños de ellas les han impuesto horas tan precisas para entrar a trabajar que no tendrían tiempo para ir y volver a Querétaro, si viviesen allí, no concediéndoles ni un minuto más de la hora que se les fija, so pena de que si no entran, por ejemplo, en punto de las cinco de la mañana, son despojados irremisiblemente del trabajo, validos los patrones de la escasez de recursos que Querétaro tiene, validos de la pobreza que lo oprime, de la miseria que lo desgarrar, y como los operarios, no siendo del trabajo de las fábricas no tienen otra industria o profesión de qué vivir, porque todo el movimiento que el Estado tiene es el que aquéllas le dan, tienen que resignar con tan triste suerte; tienen que vivir, quieran o no, en las estrechas accesorias o casas que los dueños de «Hércules» han edificado en el mismo punto con objeto de especular con ellas el trabajo de sus operarios.”

Los obreros buscaron salida a sus inquietudes y en muchas fábricas organizaron clubes de lectura de obras revolucionarias. José María González, en *El Hijo del Trabajo*, “al mismo tiempo que divulgaba y promovía el cooperativismo, lanzaba en sus artículos tremendas requisitorias contra la burguesía, amenazándola con la resolución social”.

La lucha era difícil. Porfirio Díaz se oponía a cualquier legislación que favoreciera a los “obreros revoltosos”.

Armando List Arzubide, en sus *Apuntes sobre la prehistoria de la Revolución* (México, 1958), consigna que el coronel Alberto Santa Fe y el general Tiburcio Montiel, en mayo de 1879, lucharon “en favor de los indígenas y de la restitución de sus tierras”. Asimismo, nos señala que Santa Fe se defendió del cargo de ser propagador del comunismo, acusación que se le hace por el solo hecho de que los trabajadores de la región de San Martín Texmelucan editaron diez mil ejemplares de su folleto titulado *La ley del pueblo*, alegato formidable por la reivindicación de la tierra en favor del campesino.

Vistas las cosas desde el exterior, el movimiento obrero se manifestó con notorio vigor en los Estados Unidos desde principios del siglo XIX, si se toma en cuenta que el industrialismo venía adquiriendo allí especial desarrollo. Se dice que los albañiles y los carpinteros de Nueva York y Boston fueron los precursores remotos de la lucha obrera. Las peripecias de la contienda proletaria estadounidense son ampliamente relatadas por Luis Araiza en varias de sus obras. Sin embargo, destacan los sangrientos sucesos que culminaron con la tragedia de Chicago, iniciada el 1 de mayo de 1886 y epilogada con el ahorcamiento de varios dirigentes sindicales el 11 de noviembre de 1887, que desde entonces son conocidos mundialmente como los Mártires de Chicago. A ellos se debe que la clase proletaria, después de muchas luchas, disfrute ahora de la jornada máxima de labores de 8 horas.

En el esplendor de la dictadura porfiriana, se produce la alianza obrero-estudiantil, lo que equivale a afirmar que el trabajo intelectual se aliara al trabajo material. La fina pluma del escritor se entrecruza con el burdo martillo del herrero. Los acontecimientos que vendrían después confirmarían que el estallido popular de 1910 tuvo precursores intelectuales de primera línea. En efecto, en 1892 los estudiantes, en concurrida manifestación, recorren las calles capitalinas denunciando a gritos el hambre y la miseria, denunciando el encarcelamiento de centenares de ciudadanos en las prisiones del país. Entre los manifestantes iba un joven oaxaqueño, Ricardo Flores Magón, a quien se encierra en una lóbrega bartolina de Belén.

La sola figura de Ricardo dará un perfil característico a la contienda libertadora. Arquitecto del edificio constitucional inaugurado en 1917 en Querétaro, será él, a partir de su encarcelamiento. Se proclamará la Revolución Social como fórmula principal para acabar con tanto desacato porfiriano. Nada de contemplaciones. Guerra a muerte. Caiga quien caiga.

El 7 de agosto de 1900, Ricardo y Enrique Flores Magón fundan el combativo y combatido periódico *Regeneración*. Al leer los artículos de esta nueva publicación, los esbirros redoblan sus impulsos asesinos. Abaten temporalmente las banderas oposicionistas. No obstante ello, al despuntar el presente siglo, el 5 de febrero de 1901, en la capital potosina, se efectúa el Primer Congreso Nacional de Clubes Liberales, con representantes de numerosos Estados, tan distinguidos como Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama, José María Facha, Diódoro Batalla, Benjamín Millán, Juan Sarabia, Ricardo y Enrique Flores Magón, Santiago de la Hoz, Juana B. Gutiérrez de Mendoza, Evaristo Guillén, Federico Pérez Fernández, Rosalío Bustamante, Elisa Acuña y Rosete, Alfonso Cravioto, María del Refugio Vélez, Tomás Sarabia, Alfonso Arciniega y Humberto Macías Valadez.

De cara al peligro, el 5 de febrero de 1903, el Club Liberal Ponciano Arriaga, centro director de la Confederación de Clubes Liberales de la República, lanza un Manifiesto de contundente corte clasista. En uno de sus párrafos sustanciales aparece esta joya revolucionaria: “¿Hay igualdad en nuestro país? No. El capitalista, el fraile y el funcionario, ya sea civil o militar, no son tratados en México igual que el obrero humilde o cualquiera otro miembro del pueblo, oscuro en la sociedad, pero brillante en las epopeyas de la Nación. Los empleados arrastran una vida de humillación y miseria. Los privilegios y los fueros en vigor nos han plagado de una clase de inútiles y viciosos, que podemos llamar zánganos del conjunto social. El predominio de las virtudes ha desaparecido. Predomina el oro, predomina el poderoso, predomina el fraile, predomina el extranjero, y nada más”.

Los Flores Magón' –Ricardo y Enrique–, en septiembre de 1905, constituyen la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, en la que actúan también Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, Librado Rivera, Manuel Sarabia y Rosalío Bustamante. “Para el proletariado mexicano –citamos a Araiza– tiene gran trascendencia y profundo valor histórico la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano por su enlace y directa intervención en los sucesos de Cananea y Río Blanco.” La huelga en la Fábrica de Tabacos y Puros El Valle Nacional, establecida en Jalapa, Ver., registrada a principios de 1905, resonó fuertemente en el mundo obrero y se inspiró en los principios sostenidos por los magonistas. Los dueños de esta negociación reconocieron la personalidad jurídica de los trabajadores organizados en la Gran Liga de Torcedores de Tabaco.


El plan de reivindicaciones proletarias quedó contenido en el Programa del Partido Liberal y Manifiesto a la Nación en San Luis Misuri el 10. de julio de 1906, por la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano. Del documento destacan las ideas relativas a las cuestiones proletarias. "Gracias a la dictadura de Porfirio Díaz, que pone el poder al servicio de todos los explotadores del pueblo –si hacemos esta transcripción, ello débese a que las ideas que contiene siguieron viviendo al fundarse la Casa del Obrero Mundial–, el trabajador mexicano ha sido reducido a la condición más miserable; en dondequiera que presta sus servicios es obligado a desempeñar una dura labor de muchas horas por un jornal de unos cuantos centavos. El capitalista soberano impone sin apelación las condiciones del trabajo, que siempre son desastrosas para el obrero, y éste tiene que aceptarlas por dos razones: porque la miseria lo hace trabajar a cualquier precio o porque si se rebela contra el abuso del rico, las bayonetas de la dictadura se encargan de someterlo. En más deplorable situación que el trabajador industrial se encuentra el jornalero del campo, verdadero siervo de los modernos señores feudales. Por lo general, estos trabajadores tienen asignado un jornal de veinticinco centavos o menos, pero ni siquiera este menguado salario reciben en efectivo. Como los amos han tenido el cuidado de echar sobre sus peones una deuda más o menos nebulosa, recogen lo que ganan esos desdichados a título de abono, y sólo para que no se mueran de hambre les proporcionan algo de maíz y frijol y alguna otra cosa que les sirva de alimento... Una labor máxima de ocho horas y un salario mínimo de un peso es lo menos que puede pretenderse para que el trabajador esté siquiera a salvo de la miseria, para que la fatiga no lo agote y para que le quede tiempo y humor de procurarse instrucción y distracción después de su trabajo. Seguramente que el ideal de un hombre debe ser ganar un peso por día, eso se comprende; y la legislación que señale tal salario mínimo no pretenderá haber conducido al obrero a la meta de la felicidad... Lo que ahora se pretende es cortar de raíz los abusos de que ha venido siendo víctima el trabajador y ponerlo en condiciones de luchar contra el capital sin que su posición sea en absoluto desventajosa; si se dejara al obrero en las condiciones en que hoy está, difícilmente lograría mejorar, pues la negra miseria en que vive continuaría obligándolo a aceptar todas las condiciones del explotador... La reglamentación del servicio doméstico y del trabajo a domicilio se hace necesaria, pues a labores tan especiales

como éstas es difícil aplicarles el término general de máximo de trabajo y el mínimo de salario que resulta sencillo para las demás labores... Los salarios varían, pero la condición del obrero es la misma: en todas partes no gana, de hecho, sino lo preciso para no morir de hambre. Un jornal de más de \$1.00 en Mérida, como de \$0.50 en San Luis Potosí, mantiene al trabajador en el mismo estado de miseria, porque la vida es doblemente más cara en el primer punto que en el segundo... Cuando los millones de parias que hoy vegetan en el hambre y la desnudez coman menos mal, usen ropa y calzado y dejen de tener petate por todo ajuar, la demanda de mil géneros y objetos que hoy es insignificante aumentará en proporciones colosales, y la industria, la agricultura, el comercio, todo será materialmente empujado a desarrollarse en una escala que jamás alcanzaría mientras subsistieran las actuales condiciones de miseria general."

El gran luchador que fue Ricardo Flores Magón nació el 16 de septiembre de 1873 en Teotitlán del Camino, Oax., y murió el 21 de noviembre de 1922 en la prisión de Leavenworth, Kansas, EE. UU. De su brillante cerebro emanaron estas ideas: *El sociólogo*: "Una flor blanca, cultivada por tiernas manos, está en botón: la de la fraternidad universal, y cuando esta hermosa flor despliegue sus pétalos al sol y su fragancia a los vientos, la solidaridad substituirá al individualismo y la tolerancia será el resultado de la fraternidad." *El dialéctico*: "La vida desenvuelve nuevas formas cada vez más hermosas. La vida nunca cesa de trabajar. La vida nunca pierde un solo movimiento del reloj. Mientras que tú duermes, ella trabaja industriosamente, infatigablemente en el fondo del mar, en el aire azul, en la tierra fecunda, en los brillos de cuerpos celestes que cintilan por dondequiera en el espacio infinito, y como la sociedad humana es parte de la vida eterna, ella obedece a la misma ley, y trabaja y se desenvuelve, adaptándose a nuevas formas, cada vez más hermosas, más de acuerdo con la justicia, esto es, con la libertad, porque la justicia es la piedra angular de la libertad." *El revolucionario*: "Hay cierta agitación entre la masa obscura del oprimido, que presagia un amenazante despertamiento; el aire está cargado con posibilidades; el momento es de expectación e incertidumbre, como el que precede al nacimiento de un nuevo ser, o la muerte de un organismo decrepito del cual la vida se despidе. Tal vez sean ambos fenómenos, un nacimiento y una muerte: el nacimiento de una forma nueva de organización social y la muerte de la vieja. Que la vieja se está muriendo es demasiado evidente; hasta mi

calabozo puedo percibir el rechinido de su muerte, y pude ver la tristeza reflejada en la cara de aquellos que se beneficiaron con su existencia, mientras en el semblante de aquellos que han sufrido por miles de años brilla un rayo de esperanza... La muerte de la vieja sociedad está próxima, no tardará en ocurrir, y sólo podrán negar este hecho aquellos a quienes interesa que viva, aquellos que se aprovechan de la injusticia en que está basada, aquellos que ven con horror la revolución social, porque saben que al día siguiente de ella tendrán que trabajar codo con codo con sus esclavos de la víspera... Preparar al pueblo no sólo para que espere con serenidad los grandes acontecimientos que vislumbramos, sino para que sea capaz de no dejarse arrastrar por los que quieren conducirlo ahora por caminos de flores a idéntica esclavitud o tiranía semejante a la que hoy sufrimos... ¡Manos a la obra, camaradas, y el porvenir será para nuestro ideal! ¡Tierra y Libertad!" *El anarquista*: "Capital, autoridad y clero: he ahí la trinidad sombría que hace de esta bella tierra un paraíso para los que han logrado acaparar en sus garras por la astucia, la violencia y el cri-

men el producto del sudor, de la sangre, de las lágrimas y del sacrificio de miles de generaciones de trabajadores, y un infierno para los que con sus brazos y su inteligencia trabajan la tierra, mueven la maquinaria, edifican las casas, transportan los productos, quedando de esa manera dividida la humanidad en dos clases sociales de intereses diametralmente opuestos: la clase capitalista y la clase trabajadora"... *El materialista*: "Para mí la solidaridad es la virtud de las virtudes. La materia existe por la solidaridad de los átomos. Sin esa virtud, todo el edificio del Universo se desplomaría y desaparecería en la obscuridad, como polvo esparcido por los vientos. La solidaridad es esencial a la existencia, es condición de la vida. Las especies que sobreviven en la lucha por la existencia no son de ningún modo las que están compuestas por los individuos más fuertes, sino aquellos cuyos componentes adoran más reverentemente la mayor de las virtudes: la solidaridad."

*Tomado de Alberto Morales Jiménez. *La casa del obrero mundial*. Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México, 1982. pp. 15-28. 



Guillermo Ceniceros